

¡MAMOS hace pocos días, en el cuento que da nombre al libro *Muerte en el estío* (Caracas, Monte Avila editorial, 1970, 158 pp.), la historia de un matrimonio joven que pierde a sus dos hijos ahogados en la playa. El relato prosigue desde ese momento con la cuidadosa descripción de las ideas y los sentimientos de cada uno de los padres. Cruzan por sus mentes premoniciones, sospechas, alucinaciones, larvas de pensamientos innobles, sentimientos de culpabilidad. Nace un nuevo hijo. Y vuelven un día al lugar del hecho. El proceso se cierra —o más bien queda abierto— con una actitud expectante de la madre y un gesto de comprensión del padre. El lector puede pensar que el anuncio que acecha a la madre es tal vez la muerte del hijo reciente. Pero el autor no dice nada más.

Leído el cuento, llega la noticia de que el autor acaba de someterse al harakiri y al rito del kaushaku, cayendo cortada su cabeza por el sable de su mejor amigo. Este comentario se escribe pues en condiciones singulares, pues ya no es solamente un libro lo que debemos comentar, sino también una vida y una muerte. Esa muerte voluntaria se introduce en efecto en lo leído, le superpone claves inquietantes. El cuento inicial se titula precisamente "Muerte en el estío" y está todo él embebido de muerte, de su inexorabilidad y de sus ambiguas relaciones con la vida y la conciencia. Incluso se mencionan en él conatos de suicidio. Una pregunta, entonces, nos asedia: ¿por qué se mató, o para qué, Yukio Mishima?

Los telegramas, muy escuetos, nos dicen que desde un balcón del cuartel general de Tokio se dirigió a algunos centenares de soldados estupefactos: "Vine aquí entristecido e indignado, ya que me había hecho la ilusión de que las fuerzas de defensa eran las únicas que conservaban el verdadero espíritu de Japón". Su cabeza y la de su discípulo Morita quedaron yaciendo juntas en el piso del despacho del general Mashito. El primer ministro Eisaku Sato declaró que "las acciones de los extremistas como Mishima destruyen la democracia en el Japón". Se agrega que tenía un "ejército particular" de noventa y cinco miembros. Al escribir esta nota son muchas todavía las cosas que ignoramos.

Yukio Mishima rodeó su muerte de testigos. El harakiri —más que todo otro suicidio— se lleva a cabo por y para los demás. La muerte,

en tales casos, debe ser vista, y no sólo como espectáculo. Es la única manera de que lo que uno se ofrece, va concluso, en una unidad de sentido. Tal muerte no puede por lo tanto ser gratuita. Debe hacerse por algo, por salvar algo, tal vez todo. Nada puede quedar librado entonces al azar. No se limita a ser, lo que ya sería mucho, una demostración decisiva de la libertad, como lo pretendía Kirilov en "Los poseídos", sino que es arte integrante de un sentido de afirmación social y no meramente individual.

El cuento "Patriotismo" es revelador a ese respecto. Hicel adelante de la muerte de Mishima, por la índole de los sentimientos que determinan el suicidio del personaje, por el modo de efectuarlo, y por la necesidad al menos de un testigo, que en este cuento es la esposa. Que en la vida real se haya cumplido a escala mayor, no significa que se haya alterado la estructura esencial de dicha ceremonia. El cuento revela con qué prolijidad cree necesario aplicar Mishima su conciencia a los detalles del rito: el arma usada, los preparativos materiales, las actitudes a adoptar, y la complicada tarea de clavarse la espada y de ir venciendo las resistencias, siempre un poco inesperadas, de la carne y las entrañas desgarradas. La espada, ya en su cuerpo, debe ser manipulada y guiada con un tenso y cuidadoso esfuerzo de la voluntad, hasta completar los dos cortes en cruz. Adviene también, ya previsto, el dolor, que arranca al personaje gritos incontinentes. Todo el arte de Mishima, con la característica nitidez y subrayado de los japoneses, se concentra en esa íntima fusión, registrada paso a paso, entre lo que hace y lo que es. La virtud que más resplandece en efecto en los cuentos de Mishima es ese recuento moroso de emociones, la rigurosa secuencia con que las ordena, su trasposición minuciosa en gestos y actitudes, tal como, en la comedia tradicional, se ordenan las mil pequeñas variaciones ante el comensal. La técnica de Mishima se emparenta así con la del teatro kabuki, con el modo de ordenar las habitaciones, los jardines y los movimientos en ellos de la gente, una fusión del mundo y del comportamiento que requiere además una concentrada atención a los demás, esa compenetración del ser y del aparecer presente a lo largo de la más pura tradición japonesa.

WASHINGTON LOCKHART



YUKIO MISHIMA.
EL JAPONÉS SUICIDA

harakiri: ficción y realidad

La psicología de los personajes es en sí más limitada, menos rica y densa que la del hombre occidental. Son estados que se suceden uno a uno, linealmente, cada uno definido y rotundo. Las sutilezas, que no faltan, son igualmente netas. Pero pronto se advierte que esos estados no son valiosos como tales, sino por su relación estrecha con la situación general. Cada idea debe ser vista así como actitud, como una manifestación de lo que en cada ser importa para los demás y para el mundo, por sobre propósitos o veleidades demasiado personales. La vida interior no es registrada como pura psicología, al modo más común imperante en Occidente, sino por su valor estético en función del todo.

Esta característica es llevada a su paroxismo en "El sacerdote y su amor", un cuento de increíble belleza, y que linda en este caso con la alegoría, en virtud de la extremosidad con que son presentados los personajes. El amor absoluto y el amor terrenal (sagrado y profano) no serían aquí expresiones adecuadas) componen en él una dialéctica en la que cada instancia es casi una sublimación. Parece imposible expresar en forma más intensa y pura una contradicción, así como su posterior reabsorción en niveles superiores. Mientras en Occidente tendemos a reducir tales conflictos a "problemas mal planteados", Mishima los transfiere en una situación super-real, con el vigor y la belleza de un mito creador de realidades. El cuento se sostiene así en su propia sustancia como una entidad invulnerable. La más cultivada virtud de Mishima es, en todos los casos, la seguridad con que, partiendo de un reconocimiento psicológico circunstancial, llega a incluirle finalmente en una dimensión de validez suprapersonal. Apunta siempre a una totalidad en la que no se extenua ninguna emoción. Esa realidad inclusive se nos impone en efecto como una proyección mag-

nificada de lo que cada personaje piensa y experimenta dentro de sus limitaciones. Tales pensamientos están así como imbuidos de absoluto, como si sólo pudieran llegar a ser realmente ellos en el momento en que ingresan a esas dimensiones superiores. De ahí que la actitud adquiriera una importancia relevante, pues es en ella, y no tras ella, que se manifiesta la esencia a que se alude. Esa actitud no es sólo apariencia, como suele suceder en Occidente, sino que representa la síntesis suprema. En el acto de morir alcanza su máxima dignidad, en la que viene a ser su máxima oportunidad. Conscientes, desde Heráclito, y tal vez más netamente desde Hegel y Bergson, de la efectividad del nexo que une el ser al devenir, no podemos dejar de sentir que matarse viene a ser en cierto modo una manera de profanar la realidad temporal tal como se evidencia en nuestras vidas. Para la conciencia cristiana, el suicidio es consecuentemente, el peor de los pecados. Para el japonés, en cambio, matarse es, según escribe Mishima en su relato, ponerse "bajo la advocación del Bien y del Poder Divino", "enfundados en la impenetrable coraza de la Belleza y la Verdad". "El teniente —agrega Mishima— podía entonces considerar su patriotismo y las urgencias de su carne como parte de un todo." La relación del japonés con la patria es primordial, en la medida en que no ha logrado desprenderse de las creencias shintoístas. Como decía Keyserling, su patriotismo no es, como para el pensamiento occidental, un cosmopolitismo a mitad de camino, sino una culminación, la vía magna de inserción en el mundo. El nacionalismo, para la religión shintoísta, con su veneración por el Mikado, es sentido como salvación de la individualidad contra las amenazas de la disolución. "Era vital para el teniente —dice Mishima en "Patriotismo"— que no se cometieran irregularidades en su muerte. Por esta razón, era necesario un testigo." La actitud, y la fidelidad que en ella se corporiza, son notas aquí fundamentales. Coincidentes en su resolución, "los corazones de los esposos estaban tan inundados de felicidad, que no podían dejar de sonreír". "Cada momento parecía contener una infinita fuerza vital." Hacen previamente el amor, y el acto se inscribe en la misma peripecia: "El teniente podía considerar su patriotismo y las urgencias de su carne como parte de un todo". "Era imposible encontrar en ella el me-

nor rastro de tristeza [...] y el teniente pensó que había elegido la esposa que correspondía." Hay, por sobre todo, un orden que acatar, que lo abarca todo. El autosacrificio no es así deserción, sino el reingreso a ese orden cuyas imperfecciones aspira a corregir con la propia inmolación. El personaje deja escrita una única frase: "¡Vivan las Fuerzas Imperiales!", casi la misma que pronunciará Mishima. En su esposa, el teniente cree ver "el compendio de todo lo amado por lo cual va a entregar la vida: la Casa Imperial, la Nación, la Bandera del Ejército. Todas ellas eran presencias que, como su esposa, lo observan atentamente con ojos transparentes y firmes." Su muerte es un hecho de validez general, un mensaje que debe ser oído y controlado, pues no se hace para nada. Su esposa se esfuerza así por no perder detalle de la ceremonia: "Sucediera lo que sucediera, su misión era la de observar. Ser testigo."

¿HABRÁ que entender la muerte de Mishima como un producto obsoleto de lo que Michaux llamaba "culto shintoísta del hor-miguero"? ¿Como una expresión "de la máscara, de las convenciones, de la disciplina y de los empaques" de ese "monton de estetas", a que, según Michaux, se reducen los japoneses? De todo lo que forzosamente ignoramos al respecto, Michaux dio en cierto modo un testimonio generalizable al titular su libro "Un bárbaro en Asia". Humanamente, o tal vez occidentalmente, cabe pensar que si matarse es un delito, no lo es mayor que el de haber nacido, según lo estableciera Calderón. No podemos dejar de creer, sin embargo, que el suicidio, si no se impone, según pasa a veces, como única salida de un callejón que no la tiene, ha de ser un descomunal mantenimiento, un error que se comete confiando en una fe de erratas que no existe. Sea dicho sin hablar del Bien ni del Mal, palabras que, según se dice, no tienen raíces en el idioma japonés. Decía Platón que entre el Bien y la necesidad el trecho es infinito. Es sorprendente por lo tanto saber que hay todavía quien dé el gran salto mortal con la idea de salvar esa distancia y restaurar así la unidad perdida. Y no precisamente en un ciego arrebatado, sino convirtiendo ese salto en actitud total, recurriendo para ello a todos los recursos de la lucidez.



REBAGLIATTI

DE TODO PARA LA PESCA

IMPORTADOR

REGALOS PESCADORES

¡PRACTICOS! ¡UTILES!

RIO NEGRO 1635 CASI GALICIA • TELEFONO: 8 3966



FELICES FIESTAS